

CONSULTA OBERTA

NO SE AMA LO QUE NO SE CONOCE

Addah Monoceros. Médica residente de Medicina Familiar y Comunitaria

“No hagas Familia” decían. “Es la especialidad de los que no pueden despuntar nada” decían.

Y aquí estoy yo, apurando mis últimas semanas como R1 de Medicina Familiar y Comunitaria y calentando motores para convertirme en una R2. Soy Addah Monoceros y me confieso una de esas personas que, como una mayoría preocupante, recelaba de una especialidad que se me hacía mustia y grisácea, una especialidad casi íntegramente burocrática. La especialidad del que no hace sino renovar recetas tras el escritorio sin ahondar en nada más. La especialidad de los que obtuvieron las peores calificaciones de España en el examen MIR. La especialidad de lo vulgar, del anonimato más anodino, de esos lacónicos facultativos que, más que médicos, eran poco menos que los mayordomos cabizbajos de la Sanidad, conserjes que guiaban a los interesados hacia el aposento del Especialista. Especialista, sí, con mayúscula, cual deidad casi divina, pues bien era sabido que el «médico de cabecera» tenía de especialista lo que yo de rubia: nada.

Y, sin embargo, en mayo de 2016, me vi prácticamente enlatada entre una muchedumbre esperanzada que se agolpaba ante las puertas del Ministerio de Sanidad. Familia no era mi primera opción, y yo lo sabía. Pero había hecho el MIR dos veces ya, y los resultados habían sido igualmente desalentadores. Sentía, por otro lado, un irrefrenable deseo de volver a pisar hospitales y ambulatorios, de volver a estar en contacto con las personas y con el mundo exterior, abandonando la angosta rutina de perderme entre simulacros y manuales. Había llegado el momento de abrir los ojos y lanzarme a lo desconocido.

Pese a ser una romántica empedernida cuando se trata de vocaciones, el año anterior había visto a mis compañeros más brillantes de la carrera escoger reticentemente Medicina Familiar y Comunitaria para posteriormente revelarme cómo se habían

sorprendido para bien, cómo los prejuicios hacia la especialidad corrían a cargo de las vertientes de una ignorancia feroz que poco se correspondía con la realidad. Que Familia ampliaría mis horizontes, que era la especialidad de los «médicos de cuento», de los que ya no se habla, de los que conocen al paciente como un todo, y no sólo como un órgano u enfermedad. Pero yo me considero escéptica incluso para lo más irrefragable y sabía, en el fondo de mi ser, que no podría creer aseveración alguna hasta vivirla en mi propia piel.

Tal vez por eso, cuando apreté el botón de «Intro» en el ordenador del Ministerio, me vi embriagada por una esperanza casi infantil. La esperanza del intrépido que se lanza al vacío con la certeza de que sus alas lo elevarán a lo más alto. La esperanza más audaz pues, ¿acaso no es la curiosidad el motor que nos debería mover a todos los sanitarios? Me había sumergido en las profundidades de la auténtica Medicina. Ya no era una estudiante en formación: era una médica, médica residente de Medicina Familiar y Comunitaria. Pocos instantes recuerdo tan vertiginosamente poderosos como aquel.

Como todo trabajo, empero, el arranque de la Residencia no se caracterizó por ser un camino de rosas. Por primera vez en mi vida, comprendí que el esfuerzo y el trabajo duro no solamente se realizaban frente al libro de texto. El ambiente laboral se presentaba ante mí como algo tan rápido, tan dinámico, que al principio sólo lo recuerdo como un difuso borrón de dimensiones titánicas. Poco a poco, la cosa pareció ralentizarse, aunque en retrospectiva lo más probable fuera que yo misma lograra ir cogiendo velocidad. Mi piel se endureció para soportar las inclemencias de aquellas insomnes guardias en Urgencias. Puse cara a patologías que hasta el momento sólo había visto en artículos o presentaciones de Power Point. Fui perdiendo el miedo a preguntar, y no había competidor más porfiado e invicto que mi propia persona.

Pero, sobre todo, algo cambió en mí para siempre. Y es que ahora, un año después, me veo ostentando el título de «médica de familia» con un orgullo que, aunque a ojos de muchos puede lucir altivo, para mí es casi maternal. Familia es mi especialidad, es mi mundo y es mi vida. Es la especialidad invisible, pero la invisibilidad no priva a algo de su existencia. Medicina Familiar y Comunitaria es como el iceberg de punta diminuta que alberga bajo la superficie un universo infinito y eternamente cambiante. No sabemos “un poquito de todo”: sabemos mucho y de muchas cosas.

Hace unos meses, cuando salía de mi ambulatorio, escuché a una paciente comentar:

—Sólo es un médico de cabecera. No llega a especialista siquiera.

Pues mire, señora: los médicos «de cabecera» Sí somos especialistas. Especialistas en personas, que no en una fracción de las mismas. Especialistas en ir a su casa cuando usted se halle indispuesta. Especialistas en dar en el blanco al acertar en diagnósticos que bien podrían salvarle la vida. Especialistas en escuchar. En comprender. En conocer.

Medicina, se dice, es una disciplina excepcional porque no es únicamente ciencia, sino también arte. Y es ese lado artístico, ese lado sensible y humano, el que hace de la Atención Primaria una base fundamental en nuestro escalafón. No curamos enfermedades, sino enfermos. La Sanidad podría prescindir de cualquier otra especialidad, pero jamás de nosotros. De manera que piénselo un poco antes de ponerse tan jerárquica, señora paciente. Piénselo porque, cuando usted necesite un hombro sobre el que llorar, el primero en ofrecérselo y permanecer a su lado será él, ese «médico de cabecera» que, aunque a priori no parece nada, a largo plazo lo será todo.

Por eso, hoy lo tengo claro:

“ELEGID FAMILIA” DIGO. “ES LA ESPECIALIDAD DE LOS QUE PUEDEN DESPUNTAR EN TODO.”

Addah Monoceros

Médica residente de Medicina Familiar y Comunitaria

Twitter [@silveryraindrop](#)

CONTACTE



comunicacio@camfic.org